

"Ex introitu missæ in festo Inmaculatae  
Conceptionis Sanctissimæ Dei Genitricis Ma-  
riæ."

(7) Sub umbra alarum tuarum.

Psalm. XVI, v. 9.

## LA ALMA PRIVADA DE LA GLORIA,

POEMA LUGUBRE

DEDICADO A MOPSO.

CANTO UNICO

Para triste desahogo de la pena  
Que en lo interior me agita,  
Lloro la triste y espantosa escena  
Del alma, en el instante  
Que escucha la sentencia de precita.

Vuelve á mis manos, vuelve,  
Mi cítara sonante,  
Que en más alegre día  
Acompañabas mis festivos versos:  
Hoy el númen resuelve  
Que lleves el compás de la elegía,  
Y por tonos diversos  
La acompañan tus cuerdas, entretanto  
Que desata los diques de mi llanto.

Luego que la memoria me presenta  
Como en vasto proceso mis delitos,  
De que se turba la horrorosa cuenta,  
Entonces la tormenta  
Crece de mis temores y conflictos:  
Y entonces, cual si fuese arrebatado  
Al tribunal temible

Del juez contra mis culpas irritado,  
Miro su rostro de furor bañado,  
Escucho de su boca la terrible  
Sentencia de dolor y llanto eterno:  
Siento el brazo de un Dios irresistible  
Que me arroja á las llamas del infierno.

Desde que este cuidado me rodea,  
Melancólico vago por el mundo,  
Como hurtando el semblante á la alegría  
Conformes solo con mi triste idea  
Son tus lúgubres sombras, tu profundo  
Silencio, noche oscura. El claro día  
En vano para mí su luz enciende:  
La ciudad, su rumor, todo me ofende,  
El espanto se sigue á la tristeza,  
Y el más leve ruido  
Me parece el horrísono estallido  
De un rayo que me hiende la cabeza.  
La imágen de la muerte á cada instante  
Se me pone á los ojos;  
Pero aún más horroriza su semblante,  
¡Eterno Dios! de donde se desprende  
Contra mi alma el raudal de tus enojos  
Que en tu furor la enciende.  
¿Fallezco? en el instante me parece  
Que el hermoso espectáculo del mundo  
Con sempiterna noche se oscurece.  
Sale del hondo pecho, el más profundo,  
El último suspiro, en que lanzada  
Va mi alma á tu presencia  
De crímenes horrendos acusada:  
Y herida de tu voz, como de un trueno,

De tu justicia escucha la sentencia  
De tu eterno castigo irrevocable:  
Atérranla tus ojos, y el sereno  
Resplandor de tu rostro le parece  
Nube que anuncia el rayo formidable  
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Id ahora, delicias de la vida,  
A dar algún consuelo  
A mi alma por vosotros afligida.  
Halagüeñas delicias... no queda una  
De tantas que en el suelo  
Cñieron el laurel á mi fortuna.  
Todas desaparecieron  
Como un sueño, de mi alma, y de repente  
Al caos de la nada se volvieron.

Vosotros, mis amigos, id ahora  
A socorrer á mi alma, ¿más qué digo?  
¿Qué favor podrá ser ¡ay! suficiente  
A salvarla de la ira vengadora  
Del Todopoderoso su enemigo?  
¿Del Dios cuya invencible fortaleza  
Suscita las violentas convulsiones  
De la naturaleza?  
¿Que agitando los bravos aquilones  
Impele las soberbias tempestades,  
Inflama los oscuros horizontes,  
Estremece los montes,  
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?  
¿Del Dios?... pero el palacio resplandeciente  
Está viendo con pasmo el elevado  
Solio de aquel monarca omnipotente:

La Emperatriz augusta que á su lado  
Goza de sus ternuras y caricias;  
Angeles infinitos que agrupados  
Al rededor del trono están postrados;  
Las cándidas doncellas  
Que en sus puras delicias  
Enguinaldan las frentes con estrellas;  
Santos todos; los justos bienhadados;  
La corte de los cielos... ¡oh dichosa  
Morada!, clama entonces la alma mía.

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!  
Allí asomas con plácida alegría  
Y deliciosa calma:  
Gózate, pues ya tienes  
Recompensado el mérito de tu alma:  
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes  
Pero qué, ¿la blandura de tus ojos  
Con miradas crueles me retiras?  
¿Objeto es de tus iras  
El que sufre del cielo los enojos  
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho  
Que en el mundo te dí cuando expiraste  
Y triste me dejaste  
En abundantes lágrimas deshecho.  
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?  
¡Ay! mírame por último agradable:  
No seas inexorable  
Al blando ruego de mis tiernas voces.  
¿Huyes de mi presencia?  
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,  
Al hacer una ausencia

De que es la misma eternidad el plazo?  
¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo  
De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo  
Te apartas de mis ojos... ya te fuiste  
Para otras partes del alegre cielo.

Pero ¿qué estoy mirando? ¡caso triste  
Para mí, y de dolor el más profundo!  
Allí el cómplice está de mi pecado.  
Y ¿cuántos que en el mundo  
Conocí pecadores? ¡oh! ¡dichosos,  
Dichosos todos con envidia mía  
Los que gozáis de Dios el dulce agrado,  
Y os recrean sus ojos cariñosos!  
¡Dichosos! sí, mil veces, que ocupando  
Las mansiones de luz, con armonía  
De voces apacibles estáis dando  
Gracias sin término á su autor: al mismo  
Que fabricó con manos eternas  
Las cárceles horrendas del abismo,  
Y encendió las hogueras infernales.

Allá me arroja con furor horrible  
A gemir oprimido de cadenas  
Que su mano terrible  
Forjó para instrumento de mis penas.  
Allá me precipita. ¡Qué caverna!  
¡Qué fuego abrasador! ¡Qué pestilente  
Humo bosteza la tartárea boca!  
He aquí el hórrido espectro de la eterna  
Noche, el dolor, la cólera impaciente  
Que sin cesar provoca  
El llanto de los míseros precitos.

Hierve el lago infernal; la gruta brama  
Con sùn horrendo de inflamada llama.  
Los calabozos lóbregos á gritos  
Ya parece que se hunden. ¡Qué molesto  
Desórden!..... ¡qué funesto,  
Qué terrible lugar donde severo  
Descarga Dios su brazo justiciero!  
¡Oh cuántos condenados  
Como en ardientes hornos encendidos  
Se ven amontonados!  
Retumban con sus grandes alaridos  
Las subterráneas bóvedas, y cuando  
Los demonios.... ¿qué es esto? delirando  
Atónito el discurso titubea.  
Y cuando los demonios con horrible  
Presencia.... yo deliro  
Con la fuerte impresión de la terrible  
Imagen de esta idea.  
Me agita el susto, y asombrado miro...  
Todo el infierno junto  
Se le presenta á mi alma en este punto.

No me llames, ¡oh Dios! aún todavía;  
Mas cuando sea llevada el alma mía  
A tu presencia augusta, oh juez eterno,  
No la arrojes, Señor, en el infierno.  
Muévate mi congoja y mi gemido:  
Mi corazón doliente  
Que sale por los ojos derretido.

Quédate á Dios en lágrimas bañada  
De este álamo pendiente,  
Cítara triste, y á tu voz cansada  
Prosiga de mis ojos la corriente.

## OCTAVAS

### I

Dies mei transierunt.  
Job, c. XVI, v. 11.

¡Miserable de mí! que en mar airado  
Derrotado el bajel de mi contento  
La libertad perdí, y aprisionado  
Hoy sirvo de ejemplar al escarmiento:

### II

Dolores inferni circumdederunt me.  
Psal. XVIII, v. 6.

¡Qué confusión! ¡qué horror! ¡qué obscuro  
centro  
De esta mansión funesta y espantosa!  
Páreceme ¡ay de mí! que ya estoy dentro  
De la eternal estancia cavernosa:

Aquí doy con el susto, y allí encuentro  
Las hijas de la noche pavorosa:  
Y entre espectros horribles del averno  
"Me circundan dolores del infierno."

III

Miseremini mei...saltem vos amici mei.  
Job. c. XIX v. 21.

¿A quién, pues, volveré mis tristes ojos  
Para hallar de mis males el consuelo,  
Cuando solo, entre horriblos despojos  
Sombras mustias registra su desvelo?  
¡Ah! ¡mortales!... ¡mortales! los enojos  
Ayúdame á sufrir del alto cielo:  
"No os mostréis á mis quejas enemigos,  
Siquiera los que fuisteis mis amigos."

IV

Vocabis me, et ego respondebo tibi.  
Job. c. XIV, v. 15.

No porque ahora me veis cual Prometeo  
Atado sin tener acción alguna  
Me abandonéis, ingratos, al Leteo  
Con sobrado rigor, piedad ninguna:  
Que si os viéreis tal vez como me veo  
Y mudare semblante la fortuna,  
"Me llamaréis acaso, y yo propicio  
Responderé á la voz con beneficio."

DECIMAS

A UN NIÑO

¡Oh niño, la misma edad  
Gritos da á tu entendimiento,  
A que llene tu talento  
Según tu capacidad:  
Pues si puerilidad  
Gastas toda en travesuras,  
En las edades futuras  
Serás cual fútil avena,  
Cual campana que no suena,  
O linterna que está á oscuras.

Mira aquel pobre: ¿no ves  
Que ciego á la luz del día,  
Cómo un bordón es su gufa,  
Fija con temor los pies?  
De la misma suerte es  
El que es ciego á la razón:  
Teme dar un tropezón  
Al tiempo que un paso da,  
Y su entendimiento va  
Como un ciego de bordón.

ODA

LA JUVENTUD ENGANOSA

Pues pobre huerfanito,  
En una edad tan corta

Te me dejó tu madre  
Como una rica joya;

Y puesto que al sepulcro  
Con planta presurosa  
Caminó, sin dejarte  
Ni hacienda, ni otras cosas:

Y en fin, si tu inocencia  
En edad peligrosa  
Va entrando cada día,  
Oye una breve historia.

Acuérdome que estando  
Una tarde á la sombra  
De un árbol, advirtiendo  
Algunas tristes horas,

A tí y á otros muchachos,  
Que en la floresta hermosa  
Triscábais inocentes  
Sin sustos ni zozobras,

Temiendo algún insecto  
Que con letal ponzoña  
Ofendiera tu vida,  
Para mí tan preciosa,

Con voces corpulentas  
Que exhaló mi congoja,

Estos versos os dije,  
Que oyó la selva toda: (1)

“Oh, niños imprudentes,  
“Que andáis cortando rosas,  
“Y las yerbas recientes  
“Que ya la tierra brota;

“Apartaos del peligro,  
“Pues bajo de esta alfotebr  
“De flores, os acecha  
“La sierpe venenosa.”

Este aviso importante  
Que tu peligro estorba,  
Repetirte quisiera  
En edad más remota:

Cuando del mundo alegre  
En selvas deleitosas  
La juventud risueña  
Te ofrezca su corona;

Pero que ya mis huesos  
En una urna tenebrosa  
Estarán destruídos  
Del moho y la carcoma.

(1) Qui legitis flores, et humi nascentia fraga  
Frigidus, o pueri, fugite hinc, latet anguis in  
(herba.

Virg., egiog. 3.

Mas para entonces, hijo,  
Conserva en tu memoria  
Los versos que te dije  
Cuando cortabas rosas.

DECIMA

EN LA COLOCACION DE UN SAN RAFAEL  
EN UNA CASA

Devoto impulso de amor  
De esta casa, tiernamente  
Os elige reverente  
Por su guarda y protector:  
Espera en vuestro favor  
Toda gracia celestial,  
Y que tendrá en todo mal,  
Teniéndolos presente á vos,  
La medicina de Dios,  
Que es remedio universal.

SONETOS

SONETO I

A NUESTRO S. J. C. EN SUS TRES CAIDAS

Dolores nostros ipse portavit.  
Isai., c. LIII, v. 4.

El mismo en cuyo brazo omnipotente,  
El ancho mar, el cielo dilatado,  
La vasta tierra, y todo lo criado  
Se mantiene seguro y permanente:

El "Hombre Dios," al peso solamente  
De este leño, figura del pecado,  
Tres veces en la tierra derribado  
Es la mofa de un pueblo irreverente.

De esta suerte camina: y cuando asombre  
El lugar afrentoso donde espera  
Ultrajes viles á su santo nombre,

Apagando la luz que aún reverbera  
En su divino sol, menos el hombre,  
Le Horará naturaleza entera.

SONETO II

A LA FORTALEZA DE MARIA EN LA  
PASION DE JESUS

Fortitudo...indumentum ejus.  
Prov., c. XXXI, v. 25.

Tu Hijo padece, y en aquel momento  
Que de su amargo cáliz, virgen pura,  
La última gota falleciendo apura,  
¿A qué compararé tu sufrimiento?

Si llora el estrellado firmamento,  
Vistiendo el velo de la noche oscura,  
Y si gime también la tierra dura  
Con raro general sacudimiento:

¿Cuál será tu dolor? incomprendible.  
Mas, ¿cómo tu mortal naturaleza  
Parece en tanto mal indestructible?

¿Cómo no mueres? ¡ah! que á tu terneza,  
Siendo tú la criatura más sensible,  
De columna sirvió la fortaleza.

SONETO III

A LA SANTISIMA VIRGEN

Sacro cándido lirio, que bajado  
Para antídoto fuiste desde el cielo:  
Azucena que lleva nuestro anhelo  
Al olor de su unguiento derramado:

Nardo que en suavidades desatado  
Llena la alma de gozo y de consuelo:  
Maravilla que alaba todo el suelo,  
Y el empíreo por única ha cantado:

Engrandezca la mano que descuella  
Sobre tu hermosa faz la luz que brilla,  
Las glorias que mi torpe labio sella;

Volviéndote á cantar su voz sencilla,  
Medicinal, fragante, suave y bella:  
Lirio, azucena, nardo y maravilla.

SONETO IV

A LA MISMA SRA. BAJO LA ADVOCACION  
DE LORETO

Elegi. et sanctificavi locum istum, ut sit ibi  
nomen meum, et permaneant oculi mei, et  
cor meum ibi cunctis diebus.

Paralipom., I. II, c. VII, v. 16.

La casa de la aurora, ó el oriente  
Que el sol eterno al mundo prometía,  
A Dalmacia sus luces extinguía,  
Y á Loreto asomaba refulgente:

Porque celoso el Padre omnipotente  
Del honor que á su casa se debía,  
Un lugar la eligió, dó en cualquier día  
Su nombre se ensalzara eternamente.

¡Oh villa, cual Loreto venturosa,  
Cuando en tu anual recuerdo se repasa  
Aquella translación muy prodigiosa:

Repite como siempre nada escasa  
La salve con que atiendes obsequiosa  
Los sagrados derechos de esta casa.

SONETO V

A LA MISMA SENORA BAJO SU ADVO  
CACION DE GUADALUPE

Desde su eterno alcázar, desde el cielo,  
Viendo estaba á la América algún día  
En su última aflicción la gran María,  
Y baja á darle maternal consuelo.

Miradla en Tepeyac, y á su desvelo  
Cómo se frustra el plan de la herejía,  
Y apagarse la llama que cundía  
Desde el francés hasta el indiano suelo.

¿Qué vale, pues, que Napoleón ufano  
Con su hueste infernal, que al mundo aterra,  
Quiera ocupar el reino mexicano?

Al arma, paisanaje: guerra, guerra,  
Que el sacro Paladino Guadalupano,  
Por su favor ampara nuestra tierra.

SONETO VI

A LA MISMA SRA. BAJO DE LA MISMA  
ADVOCAION

Flores apparuerunt in terra nostra.  
Cant. c. II. v. 12.

La deidad de la Paz, sabios pintores  
Expresaban con dulce gallardía,  
Dibujando una virgen que ofrecía  
En sus cándidas manos tiernas flores:

Entoncés apurando sus primores  
Ilustrado el pincel nos prometía  
Esta agradable copia de María  
Que recibió en el cielo sus colores.

Así la ve aquel Indio afortunado  
De Tepeyac en la escarpada sierra:  
Milagro que hasta hoy se ha perpetuado:

Pues cuando se arde el mundo en viva guerra  
Parece que la paz se ha refugiado  
En los lares felices de esta tierra.

SONETO VII

A LA CONCEPCION INMACULADA DE  
MARIA SANTISIMA

En su mente divina preparaba  
El alto Jove la beldad más pura,  
Dándole todo el lleno de hermosura,  
Para los grandes fines que intentaba:

Así que las virtudes compendiaba  
En tan graciosa sin igual criatura,  
Excitando su amor y su ternura,  
HIJA, MADRE y ESPOSA la llamaba.

Brilló en el claro Olimpo la alegría  
Y recorrió su espacio luminoso  
Celebrando el origen de María:

Principio, á la verdad, el más glorioso;  
Pero que la honra misma lo pedía  
De su PADRE, de su HIJO y de su ESPOSO.

SONETO VIII

A S. FRANCISCO DE ASIS

...na adivit  
Aeterna Christi numerata.  
Ex Officio eccl.

La negra tempestad de la herejía  
Cubre la faz del globo venturoso  
Que Cristo redimió, y el horroroso  
Caos se dilata de una noche impía:

El grito sube á la región del día;  
El grito de la Iglesia quereiloso:  
Truena el Olimpo; el Padre luminoso,  
Al gran Francisco, como á Cristo envía.

El vice-Dios, cual astro refulgente  
Asoma al mundo: la época cristiana  
Cielo y tierra celebran en su oriente;

¡Oh bienhadada edad la franciscana!  
Y ¡oh fausto el Potosí! que alegremente  
Canta la nueva redención humana. (1)

---

(1) Nada habrá encarecido en este Soneto para el que hubiere leído la historia del siglo XIII.—A.

SONETO IX

AL MISMO SANTO

Cedat fletus, psalat coetus.  
Ex. Offic. eccl.

Vuelve del alto cielo, luz sagrada,  
Que bañaba mi rostro de alegría:  
Vuelve á mis turbios ojos, clara guía,  
¡Oh! vuelve, vuelve, religión amada.

Sin tí el error me tiene vulnerada,  
Y procura acabarme.... Así decía  
La Iglesia santa, cuando la herejía.  
La tiene con sus sombras eclipsada.

En esto el mismo Padre omnipotente,  
Para enjugar el llanto de su esposa,  
Saca á Francisco de su caos profundo:

Déjase ver el Serafín ardiente:  
Huye al abismo la impiedad monstruosa:  
Luce la Iglesia: se repara el mundo.

SONETO X

AL MISMO SANTO

Mientras que adorna la soberbia frente  
De caduco laurel el héroe vano,  
Francisco ciñe con su santa mano  
La humilde sien de lauro permanente.

Reparada la Iglesia en el Poniente  
Al duro septentrión hace cristiano;  
Ilustra al Mediodía; y el otomano  
Pone á sus pies su cetro refulgente.

Después de tanta y tan cabal victoria  
Que al cielo alegra, y al abismo aterra,  
Vuela Francisco al premio de la gloria.

Aprendan, pues, los héroes de la tierra,  
Si para hacer eterna su memoria  
Corren tras los laureles de la guerra.

SONETO XI

A SAN JUAN NEPOMUCENO

Transivimus per ignem et aquam,  
et adduxisti in retrigerium.

Psalm. LXVIII, v. 12.

Al grande esfuerzo del poder divino,  
Aquel de Nepomuc varón constante,  
Por fuego abrasador y agua inundante  
Hace, mirando al cielo, su camino.

Bárbaro el rey, su horrendo desatino  
Con blandura ó rigor lleva adelante,  
Queriendo que el silencio se quebrante  
Que resguardaba un pecho diamantino.

El halago se empeña por su parte:  
Aspira la crueldad á la victoria,  
Combatiendo el más sólido baluarte:

La constancia de Juan se hace notoria:  
Y elevando el silencio su estandarte,  
Viva, repite, la distante gloria.

SONETO XII

A LA MADRE DE SAN FELIPE DE  
JESUS

Llora Mónica á su hijo y convertido  
Consigue verlo á Dios, ¡qué feliz llanto!  
La Madre de Felipe hace otro tanto,  
Y sabe que ha mudado de partido:

La primera contenta lo ha afligido  
Con ver que al heresiarca le da espanto;  
La segunda lo adora Atleta santo,  
En aras que la Iglesia le ha construido.

Por lo que de las dos en paralelo,  
Diga el contemplativo más prudente  
¿Quién tuvo en su dolor mayor consuelo?

¿La del Grande Agustino por sapiente?  
¿O la del Mártir CRIOLLO que en el cielo  
Lo vió, según el Papa, refulgente?

SONETO XIII

AL SENOR DE LA BUENA MUERTE

Ubi est, mors, victoria tua?  
"Ad Corinth, c. XV, v. 55.

Aquella muerte, imagen horrorosa  
De la culpa de Adán desobediente,  
Al morir en la cruz un Dios paciente  
Acaba con su fuerza poderosa:

Vuelve el hombre á la vida más dichosa,  
Nace de nuevo milagrosamente,  
Inundando de sangre á la vertiente  
De la Pasión de Cristo dolorosa.

¿Dó tu victoria está, muerte atrevida,  
Cuando el León de Judá muriendo fuerte,  
A sus plantas te tiene ya vencida?

Huye azorada de tu misma suerte....  
Y al autor engrandezcan de la vida  
Los que le llaman DE LA BUENA MUERTE.

SONETO XIV

AL PADRE DE UN ORDENADO, SOBRE  
LA DIGNIDAD DEL SACERDOCIO

De majestad circuido y de grandeza,  
Desde el cielo do alumbra eterno el día,  
A las manos de tu hijo descendía  
El Dios de santidad y de pureza:

Lo vi, y de luego conocí la alteza  
Del sacerdocio santo: y el alma mía  
Estática reboza de alegría  
Que no es de la común naturaleza.

¡Oh, "Collado," mil veces venturoso!  
Si vieras esta escena tan brillante  
Que se ofrece en el templo majestuoso,

Hicieras...¿qué no hiciera un padre amante  
En éste el de sus días el más glorioso?  
Pero si ausente estás ...si está distante...

No, pues, su voz levante  
De las alegres Pférides el coro  
Sin que al canto se siga el triste lloro.

---

ELOGIOS FUNEBRES

EN LA SENSIBLE MUERTE

Del P. F. Manuel Navarrete.

---

ELOGIO PRIMERO, COMPUESTO POR D.  
MARIANO BARAZABAL

LAGRIMAS DEL ARCADE ANFRISO,  
ARRODILLADO ANTE EL SEPULCRO  
DE SU MAYORAL NAVARRETE

ELEGIA

Dolor: si es que animado  
Perenne me acompañas,  
Por voto que los dioses  
Hicieran contra mi alma:  
Un momento te aparta, dolor mío,  
De fomentar mi grave desvarío.  
Deja sellen mis labios esta losa,  
Dó mi caro MANUEL en paz reposa.

¡Oh tú, lápida fría!  
Que un entredicho enorme  
Al último consuelo  
De mis ojos opones:  
Deja de ser hoy piedra, y en blandura  
Transfórmese tu ser y entraña dura;